

rencia, el señor Comonfort y Baz se ciñeron sus *revólvers* y se volvieron á México en el coche de Palacio, admitiendo á muchas instancias unos cuantos dragones para que les escoltaran hasta la capital.

Yo me retiré á casa á dormir, cosa que me imagino hará usted desde largo rato, pues no es posible aguantar de otro modo la lectura de la sierpe interminable que le envía su amigo

PAYNO.

Del mismo al mismo.

Tacubaya, á 20 de Noviembre de 1857.

Mi querido don Pepe: como me lo tenía anunciado Pancho Ortega, mi afección de los ojos se ha exacerbado en estos días á causa del excesivo trabajo, y me he visto obligado á tomar un escribiente de absoluta reserva; esa es la causa de que la presente esté encomendada al brazo seglar, ó mejor á la mano cariñosa del señor capitán La Llana, que el señor Comonfort me ha enviado para ayudarme.

Me he pasado estos días escribiendo á Morett, á don José Luis Ituarte á Veracruz, al general Parrodi á Guadajajara, á don Manuel Montellano á Tampico y al general Echeagaray á Puebla. ¡Ya es escribir!

¿Que qué digo á esos señores? Les exhorto á secundar nuestro movimiento, les participo la resolución inquebrantable del señor Comonfort de renunciar la Presidencia, les hago ver la posibilidad de una reacción santanista y les pondero la desorganización en que caerá el país si no se unen todos los elementos de orden y moralidad. Por supuesto que yo no creo muchas de esas cosas; pero como él les da asenso á pie juntillas y hay que hacer valer la retórica, las empleo con más ó menos variación en las palabras.

También Zuloaga ha escrito largo y tendido. Ayer, nada menos, se me presentó con una carta dirigida á don Epitacio Huerta, y se empeñó en que pusiera yo unas cuantas líneas al pie de su prosa. Le dije, como es la verdad, que Huerta es para mí punto menos que un desconocido, y que mi recomendación de nada serviría; pero me lo rogó nuevamente, y entonces escribí, á manera de postdata, estas ó parecidas palabras: «Mi muy apreciable señor Huerta: El señor general Zuloaga escribe á usted de asuntos importantes que yo le recomiendo mucho, reservándome para otra vez escribirle más largo. Soy su atento, etc.»

Ya ve usted que si el hombre ha de decidirse, no ha de ser ciertamente por esos renglones descoloridos y sin verdad.

Doblado está aquí, de vuelta de la sierra de Querétaro;

no sé si le llamarían Comonfort, Siliceo ó ambos. Parece que el pastel ya está en grado de cocimiento, y que no tardaremos en verlo servido á la mesa, evitando así un zipizape de ochenta mil demonios.

No quiero abusar de la condescendencia del amigo La Llana, que ha pasado toda la tarde y toda la noche sobre el bufete, y por eso no le escribo más largo. Mañana tendrá usted la continuación de estas cosas.

Suyo

PAYNO.

Del mismo al mismo.

Tacubaya, á 28 de Noviembre de 1857.

Mi querido don José: Ya empiezan á llegar las respuestas de los Estados, y casi todas son favorables.

Ramón Iglesias ha enviado á Esteva un papelito que dice:

«Por el extraordinario escribo á don Ignacio y le pido instrucciones, pues sabe que antes que todo soy suyo. He visto á Baz y nada hemos hablado, porque no me ha sido posible; me dijo que venía á verme, y de lo que ocurra tendré á usted al tanto.

»De usted como siempre. — *R. I.*»

Hoy recibí de Puebla este parte telegráfico:

«Señor don Manuel Payno: Las libranzas del señor

Barreiro serán admitidas por mí si el Presidente las gira. — *M. M. de Echeagaray.*»

También hoy me llegó carta de Parrodi. Nada de particular, pues toda se reduce á pedidos de dinero para sus tropas y á pintarme la triste situación financiera de Jalisco. No hay más referencia á mi carta del 22, que una nota de su propia letra:

«Aumento. — Espero al enviado de ustedes para que me comunique los asuntos que me indica, y esté usted seguro de que los ayudaré con lo poco que pueda.»

30 de Noviembre.

Ayer tuve carta de Morett. Dice quedar entendido de todo y que ya escribe á Zuloaga.

Baz me dice por telegrama:

«La libranza está aceptada; pero quieren los aceptantes que sea bajo las condiciones de cincuenta y cinco por ciento, excluyendo expresamente á los acreedores privilegiados de primera clase, de todo participio y presentación.»

Lo cual en romance quiere decir, que Veracruz está conforme con el movimiento proyectado si es en sentido liberal y si se excluye de los puestos del Gobierno á los conservadores netos y con más razón al clero.

Barreiro está ya de vuelta de Puebla, y cuenta que Echeagaray no se pronunciará si Comonfort no se lo manda.

Lamberg vino de Toluca á protestar su adhesión, y dice que está dispuesto á dar el golpe cuando se le ordene.

Parece que Licéaga ha escrito desde Cuernavaca á don Félix, que se puede contar con él.

5 de Diciembre.

Juan José está de vuelta de Veracruz, y asegura que Zamora, Llave é Iglesias pasan por todo, con tal que no se dé el triunfo á los reaccionarios.

Montellano ha logrado un triunfo completo. Me dice en su carta:

«Anoche, á las nueve, llegó la correspondencia del paquete y tuve el gusto de recibir su grata del 21. Impuesto de su contenido y del de la que se sirvió adjuntarme para el general don Tomás Moreno, dí los pasos necesarios, y en el resto de la noche pude decidir á nuestro amigo el General á acoger la idea, y puede usted contar con que obrará en todo de conformidad.»

El asunto para mí está ya maduro y terminado. Contamos con Veracruz, San Luis, Tamaulipas, Jalisco y su costa, México, Puebla y Guanajuato. Tenemos además á ocho mil hombres de tropa y gentes como don Manuel Gutiérrez Zamora, don Ignacio de la Llave, don Ramón Iglesias, don Juan José Baz, don Manuel Siliceo, don Manuel Doblado y don Tomás Moreno.

No sé si alguien se ha encargado de arreglar á Zaca-



D. Benito Juárez

tecas. Nuevo León, que fué de los Estados que recibí en encomienda, me parece seguro. Vidaurri es amigo mío; le conocí hace quince años, cuando estuve en aquellas tierras, y le creo en el fondo más conservador que liberal. Algo hablamos, aunque en términos velados, y manifestó que abundaba en mis ideas y que estaba á mis órdenes. Tan pronto como tenga un rato de paz, le escribiré con extensión.

No hay sino un rehacio: don Benito Juárez. Ayer le llamó el señor Comonfort y se encerró con él y conmigo en una de las piezas del entresuelo del palacio.

Como usted sabe, el Presidente de la República y el de la corte se tratan con cordialidad y hasta se tutean.

— Te quería yo comunicar hace días, dijo el señor Comonfort al señor Juárez, que estoy decidido á cambiar de política, porque la marcha del Gobierno se hace cada día más difícil, por no decir imposible: los hombres de algún valer se van retirando del palacio, los recursos se agotan y no sé qué va á ser del país si no procuramos que las cosas vayan mejor. A la revolución física, no la temo; la afrontaré como hasta aquí; pero la revolución moral exige otra clase de medidas que no son las armas y la fuerza.

— Alguna cosa sabía yo, le contestó el señor Juárez con mucha calma; pero supuesto que nada me habías dicho, yo tampoco quería hablarte una palabra.



— Pues bien, replicó el señor Comonfort, ahora te digo todo: es necesario que cambiemos de política, y yo desearía que tú tomaras parte y me acompañaras.

— ¿De veras? contestó el señor Juárez, sin mover uno de los músculos de la máscara de bronce que gasta por cara; y como si respondiera á una invitación para tomar un baño estando acatarrado, ó una taza de chocolate entre horas; ¿de veras? Te deseo muy buen éxito y muchas felicidades en el camino que vas á emprender; pero yo no te acompaño en él.

Este hombre no me gusta; no sé por qué me parece

que nos va á dar en qué pensar si se arma del tesón y la testarudez de las gentes de su raza.

¿Pero qué vale él solo contra tantos que están de nuestra parte?

Parece que también Prieto, Ruiz, Lerdo, Pepe Iglesias y algunos otros reprobaban los trabajos emprendidos; pero no desespero de traerlos al buen camino.

Entretanto, y á reserva de referirle otras cosillas, me despido de usted, porque me marchó al Tívoli á comer con Doblado y Siliceo.

Suyo siempre

PAYNO.

Del mismo al mismo.

Tacubaya, á 8 de Diciembre de 1857.

Mi bueno y cariñoso amigo: ¿Quién había de pensar que de Doblado, que se creía seguro, había de venir la dificultad?

La primera conferencia que tuvo fué conmigo y con Siliceo, en la casa de este último, en la Alcaicería. Cautamente estuvo el maldito; nos oyó, se enteró de nuestros razonamientos y de nuestras pretensiones, y acabó por decirnos que nada podía resolver sin ver al señor Comonfort.

Después habló, en conferencias sucesivas, con Comon-

fort, Siliceo, Zuloaga, don Juan Antonio de la Fuente y don Bernardo Flores.

En resumen, Doblado encuentra muy cuesta arriba el cambio de política, abandonando cuanto ha sostenido. Ofrece dejar en manos de Comonfort todos los elementos de Guanajuato, recomendar el movimiento entre los oficiales de la Guardia nacional, entregar el gobierno en manos de Muñoz Ledo, Montes de Oca ó del mismo Siliceo, y retirarse á San Pedro Piedragorda, donde tiene sus posesiones.

Naturalmente, nosotros le instamos para que continúe en el puesto; pero él se rehusa con obstinación.

Doblado cree que no faltarán fanáticos que levanten la bandera constitucional ó la clerical; que no podrá subsistir el justo medio que nosotros buscamos; que la revolución en ciernes abortará para convertirse en jacobina ó en conservadora; que vendrá una larga guerra, y que nosotros seremos vistos con horror por todos los partidos.

El bueno de don Manuel delira, pues usted comprende que ni hay síntomas de esa reacción, ni aunque los hubiera, los dejaríamos medrar nosotros, puesto que ya tenemos la sartén por el mango.

La solución que Doblado encontraba mejor hasta anoche, era que el señor Comonfort renunciara y se retirara á su casa con todo el Ministerio; pero hoy volvió con el Presidente y, según parece, le indicó que no debía

dejar el puesto ni un instante, pues sobrevendrían dificultades atroces.

La última opinión aceptada consiste en dirigir unas iniciativas al Congreso proponiendo la reforma franca de la Constitución; si las iniciativas se votan, ya se podrá gobernar en forma; si se rechazan, ya estará plenamente justificada la disolución de la asamblea.

Ofrece Doblado marchar al interior, preparar los elementos necesarios, citar á Parrodi para una hacienda intermedia entre Guanajuato y Guadalajara y realizar el movimiento, si acaso es menester.

Comonfort encuentra admirable este partido, y ya tiene escritos los principales puntos de sus iniciativas, que consisten en un admirable acuerdo entre los partidos, á fin de formar uno solo.

Doblado se llevó doce mil pesos, que pude sacar de la casa de Jecker mediante mi palabra; he tenido que pagar un armamento que compró el mismo general, y satisfacer quince días de haber á la sección de infantería; por eso no envió ahora los sueldos de usted y del señor Montes, que, en efecto, están atrasados en más de tres meses. La semana próxima sí se llevarán ustedes la preferencia, pues algo espero recibir de Veracruz.

Sabe cuánto le estima, quiere y admira su amigo

PAYNO.

De don Manuel Payno á don Ezequiel Montes.

Tacubaya, á 2 de Diciembre de 1857.

Muy respetable señor don Ezequiel: Supongo, porque así me lo asegura don Ignacio, que está usted al corriente de cuanto aquí pasa y de la buena voluntad con que el país acoge el movimiento que se prepara; pero como no está al tanto de los trabajos emprendidos acerca de bienes eclesiásticos, y necesita conocer esos trabajos á fin de normar los de su misión cerca de la Santa Sede, paso á darle cuenta de lo que se ha hecho, pues el Presidente quiere esté usted empapado en todo lo tocante á estas negociaciones.

En cuanto al arzobispo, ni me le he acercado, por más que usted sabe me honra con su amistad; es un puerco espín tan intratable, que estoy cierto me saldría con el eterno *non possumus* con que nos ha *encatarrado* dos años enteros, impidiendo todo arreglo y deshaciendo cualquier esperanza de avenimiento.

Munguía y Covarrubias me parecen más accesibles. Ayer vi al primero, que me recibió con cortesía, mirándome al sesgo á través de sus anteojos ahumados. No es hombre práctico; pero posee gran lucidez de inteligencia y conocimiento muy amplio de la situación y sus hombres.

Yo creo que nuestra vida actual es atroz, que necesi-

tamos abolir la ley de desamortización, cueste lo que cueste, y que si podemos, mientras, sacar cualquier ventaja del clero, por ejemplo un ferrocarril que vaya de uno á otro mar, quedamos en excelente predicamento.

Munguía quiere que se deje á las corporaciones en libertad absoluta para arreglar sus contratos conforme crean conveniente, quedando los réditos caídos de las fincas á favor del Gobierno general.

En el otro extremo he hablado con Mata, que es presidente de la Comisión de hacienda del Congreso. Propone se conceda á los dueños de predios que todavía no estén desamortizados, el plazo de un año para que pasen aquellos á poder de particulares.

Parecen cosas antitéticas; pero ya verá usted cómo consigo ponerlas de acuerdo y evitar el terrible mal de que se nacionalicen las propiedades del clero. Nos llaman el partido del justo medio; dicen que le encendemos una vela al diablo y otra á San Miguel; que cogemos una parte de verdad y otra de mentira; pero lo cierto es que nosotros, los moderados, que estamos igualmente distantes de la demagogia feroz y del clericalismo cazarro, y que formamos (acá para *inter nos*) la parte más escogida de la sociedad, hemos de encadenar á todas las facciones y de levantar el edificio social sobre cimientos indestructibles.

Guillermo Prieto, que es tan radical como usted sabe,

dice que nos parecemos al padre que exhortaba á su hijo diciéndole: «¡Por Dios, no te bañes hasta que no sepas nadar!», dando á entender que para practicar la verdadera libertad se necesita correr riesgos y pasar dificultades de todo género.

Sin embargo, le contesto á nuestro administrador de Correos, hay algo que no es ni ahogarse ni huir del agua, y es introducirse poco á poco á la corriente, mojarse primero las manos y la cabeza, persignarse, hacer tentativas de nado con vejigas ó *guajes*, y cuando ya se está listo, lanzarse á los torrentes.

Guillermo califica de tonterías las cosas que yo digo, pues los discípulos de la Academia de Natación, nunca llegan á mantenerse á flote ni en el canal de la Viga, y los que verdaderamente logran ser habilísimos nadadores, son los muchachos que, impulsados por otros, se lanzan á la corriente, y tragando agua y luchando contra la pesantez, logran dominar el líquido elemento.

Pero dejando por hoy metáforas acuáticas, me limito á despedirme muy cariñosamente de usted, á desearle salud y dicha en el cumplimiento de su misión, subscribiéndome su amigo que mucho le quiere y respeta

M. PAYNO.



CAPÍTULO XXVII

Pesadillas

Al fin el bendito señor Payno me dió suelta el día catorce de Diciembre, después de tenerme encerrado dos semanas á piedra y lodo y haciéndome escribir cartas hasta á las potencias celestiales.

Comía, dormía y sobre todo trabajaba en aquel caserón lleno de primores, que es un museo desde la entrada hasta la salida. Allí se encuentran reunidas la máscara de Huitzilopochtli, los escarpines de Hernán Cortés, cabellos de Juana de Arco, relojes de Acamapichtli, armaduras de Zumárraga, libros impresos en que leía Numa Pompilio, datos estadísticos de la Tierra del Fuego, tabaqueras de Carlo Magno y *basquiñés* de doña Marina; y colocado todo con tal arte, con tanto orden y con un método tan perfecto, que jamás los collares de conchas tocan á los haces de